

“Yo soy un toro que merece ser indultao”

Fragmento de una entrevista a Teresita Gómez

Cristóbal Peláez González
Transcripción: Karen J. Crespo

*Es que yo creo que no soy pianista;
el piano es solo un vehículo
mío, pero podría ser el teatro o podrían
ser los boleros.*

Teresita Gómez

Mal calculados, Teresita Gómez puede tener cinco años de edad. Ni la dureza de la vida, ni la fama, ni el reconocimiento, ni mucho menos la discriminación y la inquisitorial persecución, han logrado hasta el momento asesinarle su niña. Nunca ha aspirado a ser una mujer adulta, pues su secreto es este: le quedó congelada su infancia. Es algo que va en la sangre, en la piel, en no se sabe qué, tal vez en el duende; ella lo tiene porque sí. Es verdad que Colombia ganó con esta criatura expósita una maravillosa pianista, pero la mujer, el ser humano, dobletea a la artista: es una obra maestra del azar. Si perdimos a una gran actriz, la culpa la tiene Bach. ¡Cómo sería este animal de mujer deambulando en dramas y comedias por nuestros escenarios!

Ha sido imposible establecer en esta conversación un trazo que abarque su inmensa personalidad. Sus palabras en el papel no dejan de ser seductoras, pero la conversación a carne viva, con su voz ahogada y guachera, es un prodigio musical. Razón tenía Goethe al suponer que la conversación era el gran arte, porque quien conversa instala un teatro donde la música, la danza y la poesía

están involucradas, y eso es plenamente verificable cuando se habla con Teresita.

Pocos desconocen que al nacer fue adoptada por el matrimonio de Valerio Gómez y María Teresa Arteaga, oriundos de Marinilla, que se desempeñaban como porteros en Bellas Artes. Ellos cada día comprobaban con inquietud cómo la niña mostraba inclinación por el piano, que usurpaba clandestinamente en las horas vacías de la institución: “donde se den cuenta nos echan, Valerio”.

Teresita vivió su infancia entre cantos, acuarelas, ballet, escenarios e instrumentos musicales, cosas que compensaban el aislamiento de los otros infantes, a quienes no les permitían acercarse a ella porque era “de color”. En esa fragua se templó el acero.

El camino de la meditación

Tere, ¿cuál es ese cuento de que usted es monja zen?

Esa es una búsqueda que emprendí desde muy pequeña, pues siempre fui como mística, en el sentido de hacerme muchas preguntas. A los doce años me retiré de la iglesia católica porque rápidamente me di cuenta de que decían una cosa y hacían otra. Era muy misera, muy devota, hasta que tuve la suerte de que las monjas no me recibieran en un colegio por negra (ríe).

¿Te lo dijeron expresamente?

A mí directamente no, a mi papá. Lo que más anhelaba era estudiar en las Carmelitas, ponerme ese uniforme café de cuadritos que me parecía tan hermoso, ¡qué dicha! Y mi papá dijo: “bueno, vamos a ver si metemos a la niña donde las Carmelitas”. Cuando volvió de allá, oí desde el baño que le decía bajo a mi mamá: “Imaginate Teresa que no me recibieron a la niña por negra”. “¡Ay, esas viejas tan pendejas! ¿Mi niña negra?” –mi mamá juraba que yo era blanca-. Ahí corté toda relación con Dios.

Un día leí un artículo sobre yoga del pianista Claudio Arrau, que decía que el pasado había que dejarlo, que el futuro no existe y que hay que ubicarse de lleno en el presente; entonces busqué y por ahí me fui encontrando a Paramahansa Yogananda. A los veinticinco años conocí el grupo Self-Realization Fellowship, entré y llegué a Bhakti Yogui, el camino del amor. Imaginate lo que eso me ayudó en esos tiempos tan difíciles, cuando murieron mis padres, cuando todo, hasta la música, se me derrumbó. Fue un momento terrible, me empezaron a atacar porque yo era un espíritu muy libre, y yo no podía y no sabía defenderme. Fue tan tenaz esa época, que terminé ingresando a una clínica de reposo. Afortunadamente solo estuve veinte días, porque me pillé la cosa. Me daban una droga horrible que hacía que pensara una cosa y dijera otra, me estaban enloqueciendo, y empecé a no tragármela.

Difícil aceptar la muerte del padre...

Cuando murió mi papá sentí que el mundo se me desplomaba, porque él fue un parcerito mío y mi mamá era una mujer muy enferma. Yo, obviamente, les daba mucha lidia. El hecho de no haber vuelto a misa fue una tragedia; mi mamá me rezaba, me ponía reliquias, me echaba agua bendita. Pero debo decir que siempre tuve el apoyo

del padre Andrés Rosas, un salesiano italiano que daba clases de armonía en Bellas Artes: “no molesten a la negrita, que ella con el piano ya está orando”, decía.

En ese grupo de yoga encontraste serenidad...

Sí. Allí conocí al actor Bernardo Ángel, que era un meditador, pero de los tesos. Alcancé la Kriya, técnica alta de respiración, aunque nunca pude alcanzar el punto máximo en la de detener el corazón. Cuando vinieron los monjes célibes de Los Ángeles les dejé muy en claro que no iba a renunciar a mi sexualidad. Estuve algunos años, hasta que huí porque empezaron los fanatismos y las bobadas: “que a este se le apareció Yogananda”, “que a este otro se le apareció no sé quién” (risa burlona).

Ya sabías cómo enfrentar el oscurantismo de Medellín...

Ya todo me resbalaba. Los ataques arreciaron, pues aquí decidieron que yo era puta, drogadicta, lesbiana. Qué ironía: ni siquiera conocía la marihuana; pero eso sí, me mantenía con los marihuaneros más maravillosos del mundo. Los nadaístas...

A veces los increpaba: “y ustedes qué es lo que fuman que huele tan horrible”. Nunca me ofrecieron; por el contrario, me decían: “negrita, váyase a estudiar que usted tiene un concierto”. Tan divinos. Me encantaba estar con ellos. Ve, a propósito, de Jaime Jaramillo Escobar no me acuerdo.

Seguro estaba encerrado como un monje.

Sí, me imagino. Me acuerdo mucho de Gonzalo Arango. Una vez fue a un concierto mío al Teatro Pablo Tobón. Estaba vestido de un caqui de dril con un clavel en el pecho, y descalzo.

¿Y cuál fue la despedida con Gonzalo?

Me lo encontré en Popayán, en una finca



Sulho Sipilä. *Interior con mujer tocando piano*, óleo sobre lienzo, 1931.

donde nos habían invitado; estaba con Angelita. Me vio y se alegró mucho, me dio un abrazo y me dijo: “Teresita, vámonos a caminar”, y nos fuimos por un camino tan bonito que a mí no se me olvidará. Iba con su bastoncito que era como un zurriago; me dijo: “quisiera oír la tocar hoy, ¿por qué no me canta?”; “ay, Gonzalo, pero ¿qué le voy a cantar yo?”; “cánteme cualquier cosa, Teresita”. Le canté (canta): Si yo nací como todos nacemos, / llorando, llorando; / si yo crecí como todos crecemos, / luchando, luchando. Es de Nino Bravo. La canté toda y eso se fue de lágrimas. Me dijo que me cuidara.

Todavía te conmueves recordando...

Cuando las cosas son de verdad se quedan como un sello, instantes como fotografías que te acompañan siempre: tu archivo de vida. A los quince días de ese suceso llegó la noticia de su muerte. Lloré horrible, porque sentía su presencia, como sentía la de Fernando González.

Pero con Fernando González tuviste una gran frustración...

Sí. Había leído *El maestro de escuela*, *El libro de los viajes y las presencias*, *La tragicomedia*, *Viaje a pie*. Ese hombre siempre me apasio-

nó, y cuando llegué de Bogotá a conocerlo personalmente me dijeron que ya había muerto. Fui a Otraparte después, me senté en la banquita donde se sentaba, entré a la casita, miré a Berenguela... Ahora que ya estoy grande quiero retomar sus obras. Después supe que Gonzalo había estado mucho allá, y eso sí que me dio envidia; hay envidias de envidias: yo nunca he envidiado nada, pero eso sí me dio envidia.

Pero provocas envidia porque conociste a León de Greiff...

Con León de Greiff almorcé como cuatro veces. Me invitaba Hjalmar, su hijo, a la casa los martes a comer frisoles, porque yo era una estudiante muerta de hambre (ríe). ¿Por dónde seguimos la historia?

[...]

“Mi negra no tiene conceptos” (Jaime Jaramillo Escobar)

¿Tu mamá era racista?

La más racista del mundo, no podía ver al negro Billy porque le entraba algo: “¿Vos por qué te relacionás con ese negro?”; “mamá, yo soy negra”; “vos no sos negra, Teresita, vos no sos negra”. Me decía que yo de necia me había tomado un frasco de tinta china, y que por eso se me había teñido la piel. Eso era lo que yo contaba cuando me decían negra, ¿y quién me iba a creer? ¡Tan boba yo! (Ríe). Andaba diciéndolo eso, y también un verso que ella me enseñó: Morenita soy señora, / yo no niego mi color / y entre rosas y azucenas, / lo moreno es lo mejor.

Hablemos un poco de tu padre

Ah, ese era un ser fuera de lo normal. Me llevaba al barrio La Toma porque era pre-

sidente del Centro Cívico Manuel José Caidedo, que eran doce viejitos pobres muy solidarios que en estos momentos tildarían de guerrilleros o comunistas; todos los domingos se reunían. Me llevaba por todas esas casas de inquilinatos: “venga Teresita, acompáñeme que voy a ir donde unas señoras a llevarles unos medicamentos. A estas mujeres les dicen putas, pero ellas son ante todo mujeres; les tocó así y hay que respetarlas”; esas mujeres me querían, nunca me discriminaron. Como mi papá era tomatraguito, me paseaba por los cafés de La Toma, y yo entraba a todos como Pedro por su casa porque era la hija de Valerio. Las putas, los marihuaneros, los maricas y los ladrones me adoraban.

Contanos sobre El bazar de los pobres.

Cada año hacíamos El bazar de la Virgen ahí, en el Hoyo de ‘ña Rafaela. Los preparativos eran fantásticos, qué locura. Yo ayudaba a hacer las sorpresas y las empanadas, y había juegos pirotécnicos. Allí toqué piano para un obispo y condecoraron a mi papá. Vi que había una mesa llena como de coctelitos, iba y robaba y eran dulcecitos, muy ricos, y en determinado momento el mundo empezó a darme vueltas. No me volví a parar, gatié hasta donde mi mamá, que me dijo: “¿y a esta verraca qué le pasó?” (ríe); empecé a vomitar. Me llevaron a una casa de esas, hasta ahí sé. ¿No te parece muy honorable mi primera borrachera? (ríe).

Fue una época linda. Disfruté mucho a mi papá porque era un hombre muy sencillo. Fue quien me apoyó para que siguiera estudiando piano, mientras mi mamá echaba cantaleta: “¿Vos es que sos bobo Valerio? ¿Cómo que la niña va a tocar piano? ¿No ves que esto aquí es para ricos y para la gente de la crem?”; “la crem”, así decía. “¡Ay! Dejá la bobada Teresa, que la niña no va a dañar ningún piano”. A mi papá le di mi

primer concierto chiquitica, y él solito tan lindo aplaudiendo y llorando me hizo repetir. Cada vez que iba a cerrar Bellas Artes yo lo acompañaba a revisar todo; iba con revólver, pero nunca lo oí disparar.

En pleno Centro no hay vida de barrio, no tenías con quien jugar.

En Bellas Artes estaba bueno hasta el viernes, sábados y domingos eran de una soledad infinita, y como a los niños de esa cuadra no los dejaban jugar conmigo porque era negra, pailas, pasaba maluco. A veces me llevaban a hacer visita donde los familiares, y solamente me gustaban las que eran en Manrique porque oía el tango y me sentaba en el quicio de la puerta a ver las cantinas. Siempre me han fascinado las cantinas, las putas me parecen divinas, esos hombres tan tan tan, las luces; me parece que la vida se mueve ahí.

¿Volvemos al zen?

En el zen uno renuncia a los apegos, aprende a no crear más lazos o a soltar los que tiene.

Disminuirse...

Nada con el dinero, nada.

Solo música y teatro.

Y libros. Siempre me he sentido bien con la gente de teatro; los de La Candelaria, por ejemplo.

Raro, más cerca del teatro que de la música...

Es que no encajo hermano, ¡no encajo! No me dejan arrimar, de verdad.

¿Por qué crees que no encajas?

He pensado mucho en eso. En Medellín me quiere mucho la gente del común; taxistas que de pronto me dicen “maestra” y me tratan con afecto, la señora que vende pollos y me dice: “yo la conozco, vi su reportaje”. Estoy entre la gente del común porque

es como desmitificar ese nivel del músico clásico allá en un trono inexistente.

Complejo de sangre azul europea.

¡Y ese ego tan tenaz! Llenos como de unas vainas que no entiendo de qué será, ¡no joda!

No hay pinzas para cogerlos.

No le busque hermano: esto aquí es de tránsito y quedan las obras que tienen esencia, punto. El ambiente de la música no me gusta, es de *papier maché*, aburridísimo. Me puedo relacionar de verdad con pocos seres, no porque yo sea gran cosa sino porque no me gusta, no puedo ser yo misma, y tampoco me voy a poner a provocar a nadie, no me interesa contradecir, respeto mucho a la gente.

Me consta.

[...]

La pedagogía musical

¿Cómo te ha ido de maestra?

El tema de la educación es de alto calibre, muy delicado. El educador debe tener mucho amor por lo que hace, estar convencido y tener el desprendimiento para poder ayudar a esas personas, comprometerse, y comprometerse es jodidísimo porque es una renuncia. ¿O estoy hablando pendejadas?

No, siga, siga.

Tú tienes que renunciar a muchas cosas para implicarte con seres humanos y, como lo dice bellamente Saint-Exúpery, “ser responsable de lo que se domestica”.

¿Qué son tus alumnos?

Son mi familia, no hay otra, ni siquiera... Voy a decir una blasfemia: ni siquiera mis hijos, eso es otra cosa; los alumnos son los

hijos que le manda a uno la vida. Me crié cuando no había ni maestrías ni doctorados ni nada de eso: era el amor incondicional por la música, sin ninguna búsqueda exterior. Si la fama llega, bienvenida, pero aquel que se pone para ser famoso está perdiendo el tiempo, se está alejando años luz de la meta, porque hay que renunciar. A un actor o un músico de verdad, en el momento en que se para ahí, se le tiene que olvidar cómo se llama, de dónde viene y de qué familia es: tiene que hacer una verdadera entrega.

¿No es ya el pedagogo simplemente un obrero calificado, un asalariado?

Sí. La del maestro es una responsabilidad diría cósmica –en lo que yo entiendo por cósmica–: es entregar algo al universo, dar de vuelta, ser vehículo y puente para que otros sean.

Pero has tenido una experiencia formidable en la Universidad de Antioquia, hasta te condecoraron...

Los primeros años fui profesora por necesidad, por ganarme el pan. Antes me enfrentaba a problemas con los alumnos que no sabía cómo resolver. Cuando llegué a la Universidad de Antioquia no llegué como profesora de piano sino de música de cámara o acompañando cantantes, porque sé mucho de ópera. Empecé a trabajar en el pregrado, y esto ha ido avanzando de tal forma que me encarreté con la enseñanza.

La operación de tus manos fue un momento difícil...

Me operaron las manos y mientras me recuperaba daba clases. La recuperación fue muy lenta, pero tomé conciencia, pues tuve que volver a aprender a mover mis dedos. La fuerza se fue, la velocidad mermó un poco, me dolía mucho, confundía la izquierda con la derecha; eso fue una pesa-

dilla. Me tocó empezar a aprender otra vez la parte ya no musical y de interpretación, sino motriz; ya no era fácil para mi tocar piano con agilidad. Aprendí a dar clase, aprendí de la permanencia, se fue la fama, todo eso se acabó. Fue muy doloroso. Fuera de eso, volví a entrar en el medio musical. Me decían: “¿Y sí vas a poder volver a tocar piano?”; “pero eso es una operación muy delicada, Tere; quién sabe si volvés a tocar”. ¡Hacían unos comentarios tan oportunos! Yo pensaba: no sé si vuelva a tocar. Pero fijate, me ayudó Bach: salí avante gracias a Bach.

¿Y a Bach cómo lo sentís? ¿Cómo lo traducís en esos términos del alma tuya?

A mí me parece que Bach es el pulso del universo, es un ritmo implacable. Donde nos falle el ritmo del universo, ni el ejército ni la guerrilla pueden hacer nada (ríe). Bach es un ser religioso, un místico, me da mucha serenidad. Es el único compositor que te quita la depresión, porque es mántrico, repetitivo. Por eso es tan bueno para el jazz. La música es antes y después de Bach.

Ciorán le preguntó a su madre si creía en Dios, y ella le respondió: “creo en Bach”. Hablemos de Chopin.

Llevó el piano al nivel de la poesía: no es un músico, es un poeta. Puso a cantar el piano, porque el piano es un instrumento de percusión ¿no? Buscaba la nota azul, que es como cuando baja el santo; quiero decir, no la puedes estudiar, tiene que bajar, sale misteriosamente después de mucha técnica, es el duende en Lorca. Chopin es parcerísimo mío. Es como si existiera lo que se llama reencarnación y yo hubiese sido su vecina. Sé qué es un buen Chopin porque lo he tocado en Varsovia, sé cómo debe sonar.



Manuel Ramírez Ibañez. *La lección de piano*, óleo sobre lienzo, hacia 1892, 100 x 74 cm.

Beethoven.

Fascinante. ¡Uy, qué difícil! ¡Tenía que ser sordo ese hijueputa! Solo se puede definir con una palabra: grandioso. Beethoven es igual a fuerza. Su música es el mundo que él construyó. Vivía en la adversidad, era pobre, sordo y se enamoraba de las condesas. No le faltó sino ser negro.

Haydn.

Humor.

Schumann.

Esquizofrenia. Su música es teatral porque es de varios personajes: Florestán el cómico, Raro, que era el apacible, y Eusebius el filósofo.

Una histeria que produce personajes, heteronimias que anteceden a las de Pessoa; Schumann es de 1810. ¿Entonces cuál de los tres escribió la música de Schumann?

Para tocar el piano hay que crear personajes. Yo no soy siempre la misma, estamos habitados por muchos otros.

Schubert.

Transparencia. Escribió todo en los cafés y vivía de los amigos ricos que le costeaban su existencia, lo cual me parece muy bien, como debe ser. Es el romanticismo frío, escueto.

Mozart.

Mozart no se puede tocar de malgenio, porque el cuerpo tiene que estar muy liviano. Es muy transparente, cualquier cosa se nota. Tocar Mozart es estar en una cuerda floja, como si a un mantel de lino blanco le cayera una gota de vino rojo.

¿Y cantar boleros?

¡Eso es lo mío!

¿Verdad que fuiste cabaretera en París?

¡Ay, sí! Una vez fui con mis hijos a Montmartre por vacaciones, y en todos estos cafecitos donde hay un piano pedía permiso para reemplazar a los pianistas en los descansos. Tocaba y la gente empezaba a echarme francos en las bandejitas. Fue una experiencia maravillosa. Con lo que recogíamos pagábamos el vino.

[...]

Me gusta/No me gusta

Me gusta mi negritud

Me gusta como yo soy

Me gustan los amigos

Me gusta la música

Me gusta hacer música para los otros

Me gusta la diversidad

Me gusta el respeto a mis semejantes

Me gusta caminar

Me gustan los parques

Me gusta cocinar

Me gustan los hijos

Me gusta mi nieto

Me gusta el mar

Me gustan los viajes

Me gustan los trenes

Me gusta la ópera

Me gusta el teatro

Me gustan los aeropuertos muchísimo, que si se retrasa el vuelo yo saco mi libro

Me gusta el vino

Me gustan los aguardienticos

Me gusta tejer

Me gusta el cine

Me encantan las plantas

Me gustan los árboles

Me gustan las piedras, las piedras son importantísimas, también respiran, están vivas, lo que pasa es que no percibimos eso

Me gusta la pintura
Me gustan los impresionistas
Me gustan los pintores clásicos
Me gusta ir a teatro
Me gusta muchísimo leer
Me gusta la poesía
Me gusta Marga López
Me gusta Jaime Jaramillo Escobar
Me gustan los restaurantes
Me gustan los monasterios zen
Me gusta la práctica del zen
Me gusta mi maestro del zen, André Lemort
Me gustan las casas
Me gustan los muñecos de trapo
Me gustan los hoteles
Me gusta puebliar
Me gusta ir a la finca de los amigos
Me gustan los ríos
Me gusta el misterio de la selva
Me gusta una chimenea prendida con los amigos
Me gustan los arcoíris
Me gustan los arreboles
Me gusta la golosa
Me gustan las cometas, ¡aaaaah!
Me gusta Mujica
Me gusta la gente sencilla, no humilde, no creo en la humildad
Me gustan el sancocho, los fríjoles, las verduras y las frutas
Me gustan los espaguetis, mucho
Me gustan los poetas malditos
Me gusta cantar para los amigos con mi voz ronca
Me gusta el silencio
Me gusta el tango de salón
Me gusta bailar en las milongas
Me gusta bailar salsa
Me gusta mucho hablar por teléfono con los amigos que están lejos
Me gusta el juego de me gusta y no me gusta

No me gusta que se deleguen las responsabilidades personales en Dios
No me gustan los amigos disfrazados de amigos
No me gusta la segregación racial
No me gusta la guerra
No me gusta el maltrato a los niños
No me gusta la violencia a las mujeres
No me gusta la manipulación afectiva
No me gusta que torturen los animales
No me gusta la mala música
No me gusta el arribismo musical
No me gustan las tempestades, me dan miedo
No me gusta la comida chatarra
No me gustan las competencias, de nada, ¡eso que quede claro!
No me gustan los concursos
No me gusta el desorden
No me gustan los amos
No me gusta la esclavitud, en ningún sentido
No me gusta que me cohíban
No me gusta la mala poesía
No me gustan los zancudos, perdón naturaleza, tendrán su función en este mundo, pero a mi me atormentan
No me gustan las personas que miran de pies a cabeza, eso es de un despreciativo bárbaro
No me gusta que la gente no se pueda expresar libremente
No me gusta la segregación sexual
No me gustan las comparaciones, son muy odiosas

Y algunos no me gusta me los voy a guardar, todo no lo pueden saber, dejemos ahí.

Cristóbal Peláez es el director del Teatro Matacandelas de Medellín. Fragmentos de la entrevista publicada en la edición N.º 26 del periódico *Medellín en Escena*, julio-agosto de 2012, pp. 3-7.